

S<sup>TA</sup> PAULA, VIUDA.

le sirve ahora á aquel señor, á aquel grande, á aquel rico que se condenó, haber vivido con tanta magnificencia, con tanta abundancia, con tantos gustos y regalos? ¿de qué le sirve á aquella mujer profana, á aquella dama llena de presuncion y de vanidad, haber brillado, haber sobresalido tanto en las funciones del mundo, si al presente arde y arderá por una eternidad en las llamas del infierno? ¿de qué sirven aquellos pomposos dictados, aquellos soberbios palacios, aquel aparato, aquel tren de modas, de vestidos y de galas; de qué sirve todo esto a quien se condenó? ¿Será gran consuelo para aquel padre, para aquella madre que estan en el infierno, haber dejado tantos hijos que viven con grandes conveniencias en el mundo, mientras ellos se abrasan en aquellas llamas? Hazte familiares estas reflexiones, porque hay pocos ejercicios que sean mas saludables. Ten siempre en tu sala ó en tu cuarto algun objeto que te acuerde sin cesar la memoria de la muerte ó del infierno.

## SANTA PAULA, VIUDA.

« Si todos los miembros de mi cuerpo se convirtiesen » en lenguas, y cada una de sus partes mas pequeñas » fuese capaz de hablar con voz humana, con todo eso » nada podria yo decir que fuese proporcionado y digno » de las virtudes de la venerable Paula. » Así comienza san Jerónimo la vida de esta insigne matrona, precioso fruto de la sangre con que fecundaron la Iglesia los mártires de los tres primeros siglos, y uno de los mayores espíritus que se produjeron en el cuarto. Su vida, compendiada de la que escribió el santo doctor para consuelo de Eustoquia, es como se sigue :  
Nació santa Paula en Roma en el dia 5 de mayo del

año del Señor de 347, siendo cónsules Eusebio y Rufino. Sus padres fueron Rogato y Blesilla, esta descendiente de los Escipiones y Gracos, gente noble y poderosa, y aquel oriundo de Agamenon, el mismo que destruyó á Troya despues de haberla tenido sitiada diez años. Los timbres, los blasones y las riquezas de esta casa eran correspondientes á la antigüedad y nobleza de su sangre, que no solo en Roma sino en toda la Grecia era conocida y respetada. Crióse Paula con suma opulencia, regalo y delicadeza; y aunque ni esto ni la acendrada estirpe de nobles ascendientes es cosa que engrandece á quien lo tiene por fortuna ó casualidad, con todo eso, dice san Jerónimo, en quien sabe renunciarlo y despreciarlo por Jesucristo es cosa grande y digna de las mayores aclamaciones. Siendo de edad competente para el matrimonio, la casaron sus padres con un jóven nobilísimo, llamado Tejocio, descendiente de Enéas y de Julio César, por lo que llamaron tambien Julia á su hija Eustoquia. A pesar de la corrupcion de costumbres que habia introducido en Roma la excesiva opulencia nacida de la conquista de todas las naciones del mundo, Paula se conservó impenetrable al mal ejemplo, y su honestidad y pureza eran el iman del casto amor de su esposo, y la materia de las aclamaciones con que la celebraba aquel inmenso pueblo. Todos los estados son susceptibles de la verdadera virtud cuando se quiere dar oidos á las inspiraciones de la gracia; y las riquezas mismas, que suelen tener los apocados en el concepto de impedimentos para servir á Dios, son en realidad medios que el mismo Dios proporciona para desahogo de los corazones grandes y caritativos. El de Paula halló en ellas todo esto, pues no solo servian para socorrer á los necesitados, sino para proporcionar como verdadera madre la santa educacion que debia dar á sus hijos.

Para hacerla gloriosa en su descendencia, y para que no careciese de la dote de fecunda, que brilla entre todas las que hacen á una mujer recomendable, dióla el cielo cuatro hijas y un hijo: Blesilla, que quedó viuda á los siete meses de casada, y murió de veinte años llena de virtudes y merecimientos; Paulina, casada con Pamaquio, á quien dejó en herencia su patrimonio y su espíritu; Eustoquia, virgen santísima, joya de inestimable valor con que se adorna la Iglesia; Rufina, que con una muerte temprana llenó de consternacion á su madre, y en fin Tejocio, último fruto de sus entrañas, con el cual aplacó el deseo de un varon que afligia á su marido, y puso fin á las licitas delicias del matrimonio. Pero este se disolvió llevando Dios á mejor vida á su amado consorte, cuya falta lloró Paula con tan extremo dolor, que estuvo para morir de sentimiento; y por otra parte, libre ya de los lazos y ataduras que en cierta manera aprisionaban su espíritu, se convirtió al Señor con tal fervor, que no parecía sino que habia estado deseando su muerte.

Luego que se vió Paula con toda su libertad, soltó las riendas á la ardiente caridad de que estaba penetrada su alma, y repartió á los pobres casi todas las inmensas riquezas propias de una casa noble y opulentísima. Su compasion y beneficencia no reconocian limites, y el mas desconocido las experimentaba con mayor abundancia á medida de su necesidad. ¿Qué pobre no se vistió con su mortaja para caminar al sepulcro? ¿qué enfermo no recibió el sustento de su caritativa mano? Buscábalos con toda diligencia por la ciudad, y creia que su mayor daño consistia en que fuesen curados y mantenidos con dinero de otros. Sus parientes la reprendian porque despojaba á sus hijos del cuantioso patrimonio que debia sustentar su nobleza; pero la santa, llena de fe, les respondia que no creia poder dejar á sus hijos mayor herencia que

la divina misericordia. Estas reconvenções terrenas y las frecuentes visitas de otras matronas nobles, la eran estorbos fastidiosos para caminar á Dios con toda la priesa que anhelaba su espíritu. La misma alteza y esplendor de su jerarquía la causaban tristeza y amargura, y deseaba con vivas ansias huir las alabanzas que la tributaban continuamente ó el agradecimiento ó la lisonja.

Vinieron en esta sazón á Roma, llamados por el emperador y por san Dámaso para componer ciertas diferencias que turbaban la Iglesia, san Epifanio, obispo de Salamina, y Paulino, obispo de Antioquía, varones de mucha autoridad y de acendrada virtud. Al primero le hospedó santa Paula en su misma casa, y á Paulino le preparó otra á sus expensas donde estuviese con la mayor comodidad y regalo. Ninguna espuela alijera tanto los pasos en el camino de la piedad como una santa compañía. Las virtudes y continua conversacion con estos admirables varones encendieron de tal manera el pecho de la santa, que sin acordarse de sus hijos, de su familia, de sus estados ni de cuanto da de sí el mundo, solo pensaba en dejarlo todo, y marcharse sola á imitar en un yermo la vida solitaria de los Antonios y los Pablos. Acabóse de confirmar en este propósito con la inevitable partida de Epifanio y Paulino, á quienes por entonces acompañó en espíritu, puesto que sus circunstancias no la permitían todavía acompañarlos en efecto.

Entretanto arregló las cosas de su familia y de sus estados; y mandando disponer un bajel, se aprestó para el viaje y apartamiento meditado. Llegó el día alegre y venturoso para la santa, y triste y desventurado para sus deudos, para sus amigos y para sus hijos; y venciendo con increíble fortaleza cuantos obstáculos la oponian la sangre y la humildad, bajó

al puerto para dejar por siempre las prendas más amadas de su corazón. Acompañábanla un hermano suyo, sus parientes y deudos, y lo que es más, seguíanla sus hijos bañados todos en lágrimas, solicitando con sus lamentos y suspiros detener los pasos de la tierna y sensible Paula, la que, amando más á Dios que á los suyos, entró en el bajel que estaba preparado. Comenzaron á hincharse las velas del navío, y apartarle los remos de las patrias orillas, y comenzaron á sonar más fuertemente en los oídos de Paula las tristes quejas y amargo llanto de los que dejaba. El niño Tejocio levantaba las manos al cielo, y otras veces las dirigía donde estaba su madre. Rufina, que era ya jóven casadera, la suplicaba, anegada en lágrimas, que esperase siquiera hasta presenciar sus cercanas bodas; pero, venciendo el amor de Dios al de la naturaleza, caminaba insensible con su hija Eustoquia, mirando con ojos enjutos un apartamiento que no podían menos de llorar aun los más extraños. Cuantos iban con Paula en el navío miraban con amor las riberas de que se iban alejando: sola esta heroica mujer tenía valor para dirigir su vista á la parte contraria, negándose á mirar lo que no podía ver sin amargura. Nadie amó tanto á sus hijos, á quienes antes de partirse dejó cuanto tenía, desheredándose en la tierra para encontrar mejor patrimonio en el cielo; pero negó á su corazón los sentimientos de madre, ansiosa de que Dios la recibiese por su sierva.

Contenta Paula de verse ya libre de los lazos de la carne y sangre, caminaba llena de gozo, alimentando los deseos de su corazón con las esperanzas de darles prontamente el apetecido cumplimiento. Llegó á la isla Pontia, lugar del destierro que por Jesucristo padeció santa Flavia Domitila; y al ver las celdillas estrechas en que esta santa había sufrido un prolongado martirio, se encendía más el deseo de llegar á ver

Jerusalen y los Santos Lugares. En Salamina fué detenida diez dias por el santo obispo Epifanio, no para regalarse, como el santo pretendia viéndola cansada y macilenta de los trabajos de la navegacion, sino para visitar con santa piedad y reverencia los monasterios, á los que repartió limosnas proporcionadas á su pobreza. De allí partió á Seleucia y Antioquia; y aunque san Paulino intentó detenerla, no fueron suficientes ni sus ruegos ni lo frio de la estacion para que dejase de seguir su camino sobre un pobre jumento aquella noble romana que antes era llevada sobre los hombros de sus esclavos. Llegada á Palestina, comenzó á respirar su corazon con la vista de tantos lugares testigos de las divinas maravillas, y la parecia que iba leyendo las divinas escrituras segun veía los sitios que la traian á la memoria los varios acontecimientos que en ellas se refieren, hasta que, embebida en tan santas observaciones, llegó finalmente á Jerusalen, término deseado de su larga peregrinacion.

El procónsul de Palest na, que sabia la alteza de su linaje, la preparó habitacion en el palacio pretoriense, pero la santa prefirió una casilla pobre y humilde á las comodidades y soberbios edificios, que habia de antemano comenzado á despreciar. Todos sus cuidados y esmeros eran visitar y venerar los lugares consagrados con los misterios de nuestra redencion; y esto con tal fervor y devocion tan tierna y encendida, que solo la podia separar de los primeros la consideracion de los muchos que restaban. Adoró la santa cruz postrada en tierra con tantas lágrimas como si viera con los ojos corporales pendiente de ella á Jesu-  
cristo. Habiendo entrado en el sepulcro santo, besaba la piedra que levantó el ángel, y lamia ansiosa el lugar dichoso en que habia yacido muerto el cuerpo del Redentor, saliendo continuamente de su abrasado corazon mil dolorosos suspiros que manifestaban su

compasion, y excitaban á toda Jerusalen á imitar sus fervorosos ejemplos. Subió al monte Sion, en donde la fué mostrada una columna, que sostenia el pórtico de la iglesia, teñida con sangre del Salvador cuando fué atado y azotado en casa de Pilato. Vió tambien el lugar en donde descendió el Espiritu Santo sobre ciento y veinte creyentes, segun el oráculo de Joel, y con mano caritativa distribuyó limosnas á los pobres, que era el ordinario obsequio con que intentaba dar á entender su amor al soberano autor de tantos misterios.

Desde allí marchó á Belen, y habiendo observado á la derecha del camino el sepulcro de Raquel, entró en aquel dichoso albergue en que el buey conoció á su poseedor y el asno el pesebre de su dueño. Juraba en mi presencia, dice san Jerónimo, que allí vió con los ojos de la fe al Redentor recién nacido, envuelto en las mantillas y reclinado en el pesebre llorando; á los Magos que le adoraban, á la estrella que los conducia, á la Madre virgen, al solícito José, á los Pastores admirados, á los Inocentes muertos, á Herodes enfurecido, y á José y á María huyendo presurosamente á Egipto para libertar á Jesus de sus furores. El gozo y consolacion que sentia su espiritu hacian arrasar de lágrimas sus ojos, y, mezclado el consuelo con el llanto, clamaba: Salve, Belen, casa de pan en que nació aquel Pan divino que bajó del cielo. ¡Venturosa yo, miserable pecadora, que he sido digna de besar el pesebre en que lloró mi Señor recién nacido y orar en la cueva en que la Virgen purísima parió á su mismo Dios! Esta será mi descanso, pues es la patria de mi Señor; aquí habitaré, puesto que mi Redentor la ha elegido. Sin embargo de estos propósitos no dejó lugar consagrado con los piés de Jesus que no visitase con indecible devocion y consuelo de su alma. El monte Olivete, desde donde el Salvador glorioso subió á su Padre celestial, el sepulcro de Lázaro, la

casa de sus hermanas, los sepulcros de los doce patriarcas; Samaria, en donde descansaban Eliséo, Abdías y el Bautista, y en donde tembló consternada á vista de inauditas maravillas, pues se oían rugir los demonios en fuerza de los tormentos, y los hombres mismos ahullaban, ladraban y silbaban como lobos, perros y serpientes; en fin todos los lugares dignos de veneración fueron visitados por santa Paula con increíble fe y provecho de su alma.

Pero su corazón no se saciaba con esto; queria ver los templos vivos en que habitaba el espíritu del Señor: las soledades de Egipto llamaban á sus fervorosos deseos para conocer por la experiencia virtudes y austeridades que se hacian increíbles en la fama; y así emprendió este viaje, considerando de paso muchos sitios en que el Dios de Israel habia manifestado sus prodigiosas grandezas á su pueblo. El santo y venerable obispo Isidoro la salió al encuentro, rodeado de una muchedumbre de santos monjes, á cuyos piés se postraba, llena de devoción y de respeto, admirando y envidiando á un mismo tiempo la santidad de su vida. Registró sus celdas, admiró su pobreza, sorprendióla su austeridad y penitencia; y con ánimo y fortaleza superior á su sexo, se quedara en aquella soledad con sus doncellas, si el amor superior que tenia á los Santos Lugares no hubiera servido de obstáculo. Al fin hubo de dejar aquellos desiertos; y tornándose á Belén, determinó quedarse allí por toda su vida. A este fin hizo edificar varios monasterios, viviendo entretanto en una casa pobre; y acordándose que en aquel mismo lugar no habian encontrado donde hospedarse la Virgen María y José, mandó construir á la orilla del camino varios hospicios donde fuesen los peregrinos albergados. Todo lo prevee la caridad, y todo lo que previene lo ejecuta sin que puedan impedir sus ideas las dificultades.

¿Qué sería en una santa que juntaba con una caridad ardentísima todo aquel cúmulo de virtudes que son necesarias para aclamarla perfecta? Su humildad era tan extremada, que el que no la hubiera visto antes, al verla la primera vez la juzgaría una de sus más ínfimas criadas: pues realmente lo daban á entender así su vestido, su modo de hablar y todas sus costumbres, sin que en los copiosos coros de vírgenes de que andaba siempre rodeada, pudiese encontrarse alguna que en la humildad se equivocase con Paula. Jamás se sentó á la mesa con hombre alguno, por santo y decorado que fuese, después de la muerte de su marido; jamás hizo uso de los baños á no estar en evidente peligro; jamás quiso acostarse en cama blanda, aun estando con ardentísima calentura, sino sobre la dura tierra, que cubría primero con cilicios, y regaba después con tan copiosas lágrimas, que se la juzgaría reo de gravísimos delitos. Amonestábala san Jerónimo que no llorase tanto, porque no perdiese los ojos tan necesarios para la lección de los sagrados libros, y la santa respondía: Justo es que sea afeado el rostro que contra la ley de Dios procuré hermopear con afeites, y afligido el cuerpo que gozó de tantas delicias; la inmoderada risa justo es que se pague con llanto, los vestidos ricos y delicados con cilicios, y que yo, que procuré agradar á mi marido y al mundo, procure ahora complacer á Jesucristo. A esto se llegaba una castidad angelical, que no solo la hizo en Roma ejemplar de matronas castas cuando era seglar, sino que en ningún tiempo pudo la más venenosa maledicencia encontrar la más leve mancha en su honestísima conducta.

Clemente y mansa, ni deseaba la conversacion de los poderosos ni despreciaba á los vanidosos y soberbios. Si veía á un pobre, le sustentaba; si á un rico, le exhortaba á dar limosna. Moderada en todo, solo

en ser liberal se excedia. Confieso mi yerro, dice san Jerónimo, porque viendo su profusion en dar limosna, llegué á reprenderla, proponiéndola varios lugares de la Escritura en que se nos enseña la moderacion y la prudencia aun en el modo y distribucion de la limosna; entre ellos aquel del Evangelio en que dice el Salvador: El que tuviere dos túnicas dé la una al que no tiene; pero la santa, llena de vergüenza, propia de su modestia y su humildad, desataba en pocas palabras todas mis reconvenciones, protestando delante de Dios que todo lo ejecutaba por su amor y santo nombre, y que nada deseaba mas en esta vida que morir tan pobre, que tuviese que sustentarse de limosna, sin dejar á su hija un ochavo, ni tener una sábana en que se pudiese amortajar y dar sepultura á su cuerpo. Si yo no tengo, decia, pediré y encontraré muchos que me socorran; pero si me pide un mendigo, y por no darle yo, que puedo socorrerle aun de lo ajeno, parece de necesidad, ¿ á quién hará Dios cargo de aquella alma? Al fin vió cumplidos sus deseos, muriendo tan pobre, que no dejó á su hija Eustoquia mas herencia que la obligacion de pagar muchas deudas contraidas por dar limosna. No porque la hiciese de manera que pretendiese enriquecer á quien la daba, como acontece á muchos que buscan cebar la vanidad bajo el pretexto de virtud; sino porque aunque la repartia con suma prudencia socorriendo solamente la necesidad, esta se multiplicaba en proporcion muy superior á las facultades que tenia. El ser tan limosnera no juzgó que fuese un salvo conducto para dispensarse de las demás virtudes, y singularmente de la mortificacion. Hay personas que dan limosna con abundancia; pero al mismo tiempo conservan su corazon estragado, hecho esclavo de la gula, de la lujuria y de los demás vicios que las acompañan, semejantes á los sepulcros enlucidos y blanqueados por defuera, pero que dentro no

encierran mas que huesos de muerto y podredumbre. Paula al contrario era limosnera; pero tambien era humilde, casta, continente, mortificada, y tan parca en la comida, que de ayunar contrajo muchas veces debilidad y dolencias peligrosas. Solo los dias de fiesta usaba de aceite en la comida. Y, quien en esto guardaba tan admirable abstinencia, ¿ qué haria con la leche, miel, huevos, peces y otras tales viandas gustosas al paladar, de las cuales llenando algunos el estómago hasta hartarse, tienen valor para juzgarse todavia muy abstinentes?

La verdadera virtud siempre fué perseguida de la envidia, y sus rayos hieren con mas fuerza á los montes mas altos de perfeccion. Vióse esto en Paula; pues tuvo tales persecuciones, que el mismo san Jerónimo llegó á aconsejarla que seria prudencia ceder y volver la espalda al porfiado enemigo, yéndose á vivir á otra tierra donde pudiese dedicarse á la virtud en paz tranquila, como lo habian hecho Jacob y David en semejantes circunstancias. Pero la santa, llena de invicta paciencia, le respondia: Eso estaria bien si el demonio distinguiera de lugares para hacer guerra á los que sirven á Dios, si no precediera él con sagaz astucia á los que huyen de la pelea, y últimamente, si en otra parte pudiera yo hallar mi amada Belen y los demás santos lugares. Yo tengo por mas acertado vencer con mi paciencia el ajeno encono, quebrantar con humildad á la soberbia, y al que me hiera una mejilla ofrecerle la otra, segun la doctrina de Jesucristo; y de esta manera creo que venceré el mal con el bien, como aconseja san Pablo, y triunfaré de mis enemigos. El Evangelio llama bienaventurados á los que padecen por la justicia: estando seguros en nuestra conciencia de que los males que padecemos no son castigo de los pecados, yo estoy firmemente persuadida á que las aflicciones y persecuciones de este

mundo no son otra cosa que ocasiones de mayor premio.

A respuesta tan llena de divina sabiduría no tenia que reponer el santo padre, admirando en Paula los efectos mas portentosos de la gracia. Nada la conmovia, nada era capaz de turbar aquella tranquilidad que llegan á adquirirse las almas que se dominan á sí mismas. Si la injuriaban con palabras descompuestas, la santa callaba, repitiendo en su corazón aquella sentencia de David: Enmudecí y cerré mi boca cuando el pecador se presentó contra mí: y á este tenor siempre estaba armada de sentencias de la Escritura para rebatir sufriendo las adversidades. Llegóse á ella un hombre chismoso y adulador (raza pernicioso al género humano), y fingiendo amor y deseo de su bien, la dijo que por el demasiado fervor con que se habia entregado á los ejercicios de piedad se habia debilitado la cabeza de manera que parecia á todos loca, y que debia con algunos apósitos confortarse el cerebro para tornar otra vez en su acuerdo y juicio. Una piedad menos sólida que la de Paula pudiera haber padecido alguna quiebra con tan diabólica propuesta, capaz de intimidar y llenar de desconfianza al mas virtuoso; pero la invicta matrona le despachó, diciendo con reposada pausa: Que habiéndose tenido á Jesucristo por samaritano y endemoniado, no era extraño que la tuviesen á ella por loca y por necia; pero que san Pablo habia padecido lo mismo por su Señor, y sabia que el mas necio, delante de Dios es mas sabio que todos los hombres. Armada con estos y otros infinitos lugares de la Escritura como con un escudo impenetrable, caian á sus piés melladas y perdidas cuantas saetas la disparaba la encrudecida y rabiosa envidia, quedando siempre victoriosa, sin mas auxilio que el de la paciencia cristiana que conservó toda su vida.

tantas virtudes y tan ardiente caridad no podian caber en el estrecho ámbito de su corazón; á lo menos era preciso que vertiesen fuera del pecho parte de los efectos con que tenian preparada aquella alma santa. Conocia Paula con una piadosa astucia que sembrando carne podria coger espíritu, que dando bienes terrenos la volverian otros celestiales, y que por una cosa pasajera y transitoria se ganaria eternas recompensas. Habia ya experimentado estas plausibles usuras en un monasterio de hombres que habia fundado, y cuyo gobierno habia fiado á ellos mismos. Quiso ejecutar lo mismo viendo las muchas doncellas que venian á buscar su direccion, fabricando tres monasterios de vírgenes sagradas en donde ni la nobleza del siglo era estimada, ni despreciada la pobreza, solo se distinguia la virtud. Como el ejemplo en el superior tiene mas fuerza que los consejos, procuraba la santa ser la primera, tanto en los ejercicios corporales como en los del espíritu. Ninguna hora, ni aun la de la media noche, era incómoda para que dejase de ir con las demás á cantar el salterio, que sabian todas de memoria, con gran inteligencia de las sagradas escrituras sobre las que diariamente eran enseñadas para decir las con fruto. No permitia á las nobles tener en su compañía criadas de sus casas, ni aun hablar siquiera de los regalos y opulencia en que se habian criado; no consentia distincion en los hábitos, ni curiosidad afectada, diciendo que el nimio esmero en el vestido es funesto indicio de la suciedad del alma. A ninguna le era lícito usar lienzo, sino para enjugarse las manos, ni hablar con hombre alguno, ni tener otra cosa que lo necesario para el preciso vestido y la moderada comida. Si alguna venia tarde al coro, la amonestaba con dulzura ó con rigor, segun lo exigia el genio de la que habia delinquido; si reñian entre sí, las apaciguaba con santas y amorosas palabras; si veia que